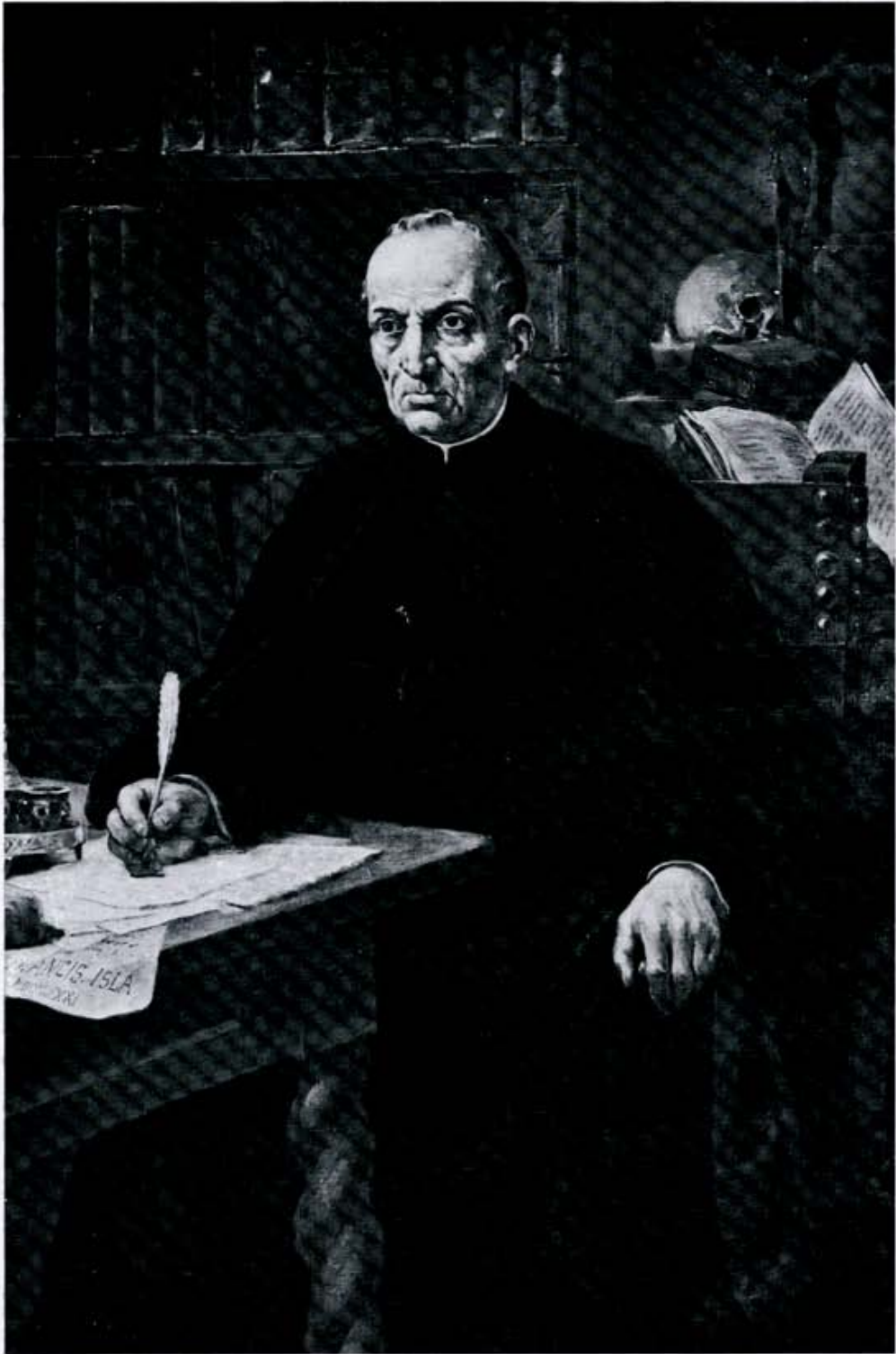


# EL PADRE ISLA Y SU EPOCA

Por José Montero Padilla

1897



El Padre Isla, según un cuadro de Armesto.

*El segundo centenario, celebrado a lo largo de 1981, de la muerte del P. José Francisco de Isla, fue ocasión de que se produjesen numerosos trabajos de investigación de su obra y exaltación de su figura a los que conviene la fijación de la letra impresa, aunque ésta se haga con alguna demora cronológica. "Tierras de León" quiere colaborar en esta tarea aún inacabada. En este número publicamos, subrayando su importancia, el texto de la conferencia que el profesor D. José Montero Padilla pronunció en el salón de actos de la Casa de Cultura de León, el día 11 de diciembre de 1981.*

Menéndez Pelayo, en su *Historia de los heterodoxos españoles*, hacía la siguiente afirmación: "El siglo XVIII, que casi todos los españoles miran como época sin gloria y que apenas estudia nadie..." (1).

Otro investigador y erudito, Emilio Cotarelo, escribía en su libro *Iriarte y su época*, publicado en 1897:

"El siglo pasado no es conocido todo lo que merece, ni aun bajo el aspecto literario" (2).

En fechas más próximas, en 1957, un hispanista inglés, Alexander A. Parker, ha dicho: "Este siglo [el XVIII] es mucho más importante y significativo de lo que generalmente se cree, y en mi opinión no se le ha hecho justicia todavía" (3).

Afortunadamente, y desde hace ya años, la atracción que nuestro siglo XVIII ejerce es cada vez mayor, y la bibliografía y estudios sobre esta centuria pueden considerarse como muy importantes. Por ello, un historiador actual de la literatura, Juan Luis Alborg, ha podido afirmar, en 1972, que "la investigación sobre el siglo XVIII es ya casi una moda" (4).

En ese siglo vive el P. José Francisco de Isla, nacido en la provincia de León, en Vidanes, el 25 de abril de 1703, y que ha de vivir —larga existencia la suya— hasta el 2 —día de difuntos— de noviembre de 1781, en que falleció, entre las tres y las cuatro de la madrugada. Recorre, pues, su trayectoria vital, gran parte de la centuria a la que nos estamos refiriendo.

Sobre el P. Isla sostenía, en 1948 —y creo que la afirmación sigue vigente—, ese finísimo, inteligente crítico literario que fue Azorín, que "no ocupa todavía el lugar que le corresponde en la historia literaria" (5).

En fechas muy recientes, un profundo conocedor de la personalidad y la obra del autor de *Fray Gerundio de Campazas*, José Martínez de la Escalera, ha dicho que "no se ha escrito todavía la biografía del P. Isla" (6).

Ambas afirmaciones, la de Azorín en 1948, la del P. Martínez de la Escalera dentro del año actual, continúan, me parece, siendo válidas. Lo cual no quiere decir que olvidemos los numerosos estudios ya publicados sobre el escritor leonés, que constituyen, algunos de ellos, aportaciones importantes y, en ciertos casos, fundamentales.

(1) Tomo III, pág. 198.

(2) *Iriarte y su época*. Madrid, 1897, pág. VI.

(3) En "La Estafeta literaria", de 21 de diciembre de 1957, pág. 8.

(4) *Historia de la Literatura Española*. III. Siglo XVIII. Madrid, 1975, pág. 9.

(5) En el diario "ABC", de 27 de agosto de 1948.

(6) "Vida y escritos del Padre Isla", en el Catálogo de la Exposición Conmemorativa del Centenario de la muerte del Padre Isla. León, 1981, pág. 7.

Entre tanto, la conmemoración, en 1981, del segundo centenario de la muerte del P. Isla, puede servir, está sirviendo, para acercar e intensificar su recuerdo y, asimismo, para reunir elementos, datos y juicios útiles para un mejor conocimiento de su biografía, su personalidad y su creación literaria.

Bicentenario que se ha cumplido exactamente el día 2 del mes de noviembre y que ha venido a coincidir con otros, numerosos, aniversarios.

Porque en este año de 1981 en que nos hallamos, tan pródigo en acontecimientos de todo tipo, se están conmemorando —en coincidencia verdaderamente curiosa por su número y por su significación— centenarios como los de Calderón de la Barca, Picasso, Juan Ramón Jiménez, Eulogio Florentino Sanz, Gregorio Martínez Sierra, Eugenio d'Ors, Papini, Bela Bartok, Telleman... y el de José Francisco de Isla. Coincidencia tan exuberante de aniversarios que no puede por menos de sorprender y de atraernos sugestivamente.

Mi propósito, en esta ocasión, es acercarme a algunos aspectos de la época del Padre Isla y de su personalidad humana y literaria.

Hay dos palabras —Razón, Crítica— que señalan dos factores fundamentales —y acaso los más representativos— del espíritu y carácter del siglo XVIII. Porque todo se somete entonces a revisión crítica y para todo se pretende que dicte sus normas la razón. Como ha expuesto Paul Hazard, en su libro *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*: “Primero se alza un gran clamor crítico; [...] Estos audaces también reconstruirían; la luz de su razón disiparía las grandes masas de sombra de que estaba cubierta la tierra...”.

Y el hombre del siglo XVIII creará poder encontrar dentro de un sentido racionalista las respuestas para su afán crítico. Porque, como afirmó Américo Castro: “Esencialmente el siglo XVIII es época de crítica y de lucha intelectual, hasta el punto de que los meros valores literarios palidecen y pasan a segundo término”.

Consecuentemente, la centuria dieciochesca se nos muestra con un signo preocupado e incluso —con un término de moda— comprometido.

Siglo razonador, pues —ha sido denominado, precisamente, de la Razón, y, también, de las Luces—, se caracteriza, ante todo, por su complejidad, por su heterogeneidad, incluso por sus contradicciones:

“Lejos de constituir —con palabras de Karl Grimberg— un conjunto coherente, la cultura del siglo XVIII pretende implantar, a la vez, las *luces* del pensamiento humano, reverenciar a la razón, establecer el culto a lo útil, la creencia en la bondad natural del hombre y su inmensa capacidad de ser feliz; al propio tiempo, promovía una piedad estrictamente vinculada a la doctrina de la Iglesia, a la mística y al sentimiento, al desprecio de la condición humana y al pesimismo. En viva paradoja, los más elevados ideales y el más desenfrenado materialismo parecían ir de acuerdo, así como el humanitarismo más abnegado aparecía yuxtapuesto a un civismo agresivo.”

Y frente al carácter unitario, homogéneo, que en ocasiones, por algunos, se ha creído observar en esta época, aparece evidente —insisto— su complejidad, su diversidad, su multiplicidad de facetas, dentro de la que cabe distinguir cuatro tendencias que corresponden a una evolución de actitudes e ideologías; postbarroquismo, neoclasicismo, ilustración y prerromanticismo.

Estos cuatro aspectos aunque correspondan a una sucesión cronológica, con frecuencia se cruzarán y coexistirán.

En el ámbito literario, que es el que nos ocupa, nombres que atestiguan la *continuidad barroca* son, en la poesía, los de Gabriel Álvarez de Toledo (1662-1714), con su sentimiento religioso expresado conceptistamente; José León y Mansilla, autor de una *Soledad tercera* con claro sentido de homenaje a Góngora; Diego de Torres y Villarroel (1693-1770), de neta ascendencia quevedesca;

Eugenio Gerardo Lobo (1679-1750), que muestra en su creación poética, junto a rasgos típicamente culteranos, otros que recuerdan aún la efusión lírica de Lope de Vega.

En la escena, junto a la existencia de autores incursos, con más o menos intensidad, en la tradición barroca —Bances Candamo, Cañizares, Antonio de Zamora...— debe tenerse en cuenta el asiduo cultivo de un género, el de la denominada “comedia de magia” o de gran espectáculo, que con su riqueza de elementos escenográficos, enlazará con el teatro romántico del siglo XIX.

Y en la oratoria, se multiplican los Fray Gerundios que van a dar motivo para la sátira del Padre Isla.

El sector de signo neoclásico acusa claramente la influencia francesa común entonces a toda Europa. En él imperan las reglas a las cuales debe sujetarse la creación artística y la ley de la razón sobre todas las cosas (para Dilthey, es premisa general del siglo XVIII la “soberanía del hombre ante la vida”); y en el neoclasicismo tienen cabida y se enmarcan los salones literarios, las tertulias, las nuevas instituciones oficiales calcadas de otras francesas análogas...

Junto al perfil neoclásico alientan la gracia y la gentileza del estilo y el espíritu *rococó*, con su arte de doradas volutas, con el encanto sereno de la música de la época, con el gusto amable por las blancas pelucas y por los objetos de porcelana... Ambientes impregnados de finura, de delicadeza, que ponen su huella, por ejemplo, en los jardines de Aranjuez o de La Granja de San Ildefonso, o en los cuadros del pintor francés Watteau, o en la música de Couperin, o —muestra literaria— en el delicioso “Epitafio a una perrita llamada Armelinda”, del poeta José Antonio Porcel:

“Bajo de este jazmín yace Armelinda,  
perrita toda blanca, toda linda,  
delicias de su ama,  
que aún hoy la llora; llórala su cama,  
la llora el suelto ovillo,  
como el arrebuñado papelillo  
con que jugaba; llórala el estrado,  
y hasta el pequeño can del firmamento,  
de Erigone olvidado,  
muestra su sentimiento;  
solamente la nieve se ha alegrado,  
pues si yace Armelinda en urna breve,  
ya no hay cosa más blanca que la nieve”.

Motivos, perfiles, ambientes, que, después, evocará con nostalgia la poesía modernista: Rubén Darío:

“De raso azul vestidas están las bellas damas,  
entre tapices llenos de asuntos de Watteau;  
la reina danza alegre, sus ojos son dos llamas,  
habrá lirios como ella, pero más blancos no”.

Manuel Machado:

“Copian cornucopias  
gracias exquisitas;  
y las damiselas  
y las princesitas  
platican de amores,

de intrigas de amor,  
cuando las envuelve  
la ola de galanes;  
y, entre brocateles y randas y olanes,  
pasan y se alejan  
sonido y color."

Un espíritu y unos ambientes, en fin, que justifican la frase definitoria de los Goncourt: "Volupté c'est le mot du dix-huitième siècle, son secret, son charme, son âme".

Y que aparecen resumidos en un soneto de Manuel Machado:

"Fin de siglo, pinceles y violines...  
Discreta luz y música bonita...  
Ocaso melancólico. Exquisita  
pena. Meditación en los jardines...

Templos a la Amistad en los boscajes.  
Nobles pastores y elegantes ninfas.  
Fuentes de amor. Madrigalescas linfas...  
Paganismo cortés... Grecia entre encajes.

He aquí a Clori acabando su tocado...  
Un abate locuaz y enamorado  
la envuelve ya en retóricas galanas.

Mientras, ella sonríe desdeñosa...  
y va añadiendo a su beldad de diva  
falsos lunares y mentidas canas".

Y la Ilustración, con su sentido y su afán criticista e investigador que constituye el aspecto, seguramente, de mayor trascendencia del siglo. Por ello nace entonces el género literario ensayo y alcanzan especial importancia las tareas eruditas y de investigación. Un afán de reformas revisionista y racionalizador, enraizado ideológicamente a menudo en la Enciclopedia francesa se proyecta sobre las actividades intelectuales y cristaliza, en ocasiones, en una actitud antitradicional que influye en hechos como la expulsión de los jesuitas o la prohibición de representar autos sacramentales. Aquí puede buscarse la raíz de la lucha, del enfrentamiento, a veces ásperos e incluso violentos, entre tradición y renovación. Dicho con palabras de Eugenio D'Ors: "La tragedia cultural de España se plantea en el siglo XVIII: ruptura de tradición y universalidad".

En aquel tiempo, de modo especial durante el reinado de Carlos III, el "Despotismo ilustrado" propugna unas reformas y mejoras generales, para todos y en todo, pero con un carácter *dirigido* que se cifra en la fórmula "todo para el pueblo, pero sin el pueblo". Y alienta y desarrolla un afán pragmático de realizaciones concretas, mediante el cual se llevarán a cabo obras de excepcional importancia que darán una nueva fisonomía a la nación.

"Viajando por España —citemos de nuevo a Eugenio d'Ors—, llega en ocasiones a parecer a la simple observación ocular que el setecientos lo ha hecho todo. Ha hecho la iglesia y el puente, el convento y el jardín botánico, la ermita y el palacio, el teatro y el arsenal, y los rótulos de las calles y los toneles de las bodegas y las banderas de los gremios (¡quién lo hubiera dicho!) y las librerías y los ex votos. Ha hecho también los paisajes —plantando árboles o quitándolos, para dar lugar a plantaciones utilitarias, abriendo canales o regularizando esteros— y las costumbres y los milagros

y los ex votos y los *gozos* o letanías... Claro es que del trauma de esta sorpresa no conviene fiarse. Pero ya turba profundamente el que se produzca. Vendrán después el estudio, el discernimiento, la justicia en la atribución. Mas, ¿no encontramos ya una revelación profundamente significativa en este momento, cuando a la luz de los elementos materiales de la civilización y por el aspecto de los mismos, España, dentro del fulgor de una especie de relámpago de ideas, nos aparece súbitamente como un país neoclásico?”.

Paul Hazard ha fechado hacia 1680 los inicios de una crisis de la conciencia europea, de profundas consecuencias, que dará paso a una actitud nueva ante el mundo y la vida, de carácter racionalista y crítico, según he señalado anteriormente.

Como consecuencia de tal crisis de la conciencia europea, el siglo XVIII alcanza una significación *revolucionaria* frente a la tradición que le ha precedido: en las ideas, en el orden estético, en el económico... Las grandes polémicas —la Gran Polémica—, precisamente, de aquella centuria surgirá del enfrentamiento entre los nuevos afanes y propósitos y los presupuestos ideológicos anteriores.

Cabe afirmar, creo, por todo ello, que se trata de una época renovadora e incluso “revolucionaria” para el signo de la cultura española, que va a intentar romper o, cuando menos, modificar la continuidad de una tradición largamente arraigada.

Pero, a despecho de los propósitos y empeños culturalistas de las minorías dirigentes, lo popular —con raíces en la tradición precedente— continuó, se mantuvo vivo y se hizo presencia asidua en la vida, los gustos y el arte del siglo XVIII. Muestra de ello ofrecen, por ejemplo, los sainetes de Ramón de la Cruz y los tapices y muchos cuadros de Francisco de Goya. La afición, tan extendida entonces, a la llamada fiesta de los toros, es otro ejemplo de este popularismo, proyectado también en Goya (grabados de “La Tauromaquia”) y en la literatura (Nicolás Fernández de Moratín: “Fiesta de toros en Madrid”, “Oda a Pedro Romero”). El gusto por lo popular llega a la clase aristocrática, que se siente atraída por las gentes, músicos, fiestas y modos de vida populares.

Como observó Ortega y Gasset, con palabras muy acordes con su personalidad de aristócrata intelectual, “...durante el siglo XVIII se produce en España un fenómeno extrañísimo que no aparece en ningún otro país. El entusiasmo por lo popular —continúa Ortega—, no ya en la pintura, sino en las formas de la vida cotidiana, arrebata a las clases superiores. Es decir —concluye—, que a la curiosidad y filantrópica simpatía sustentadora del popularismo en todas partes, se añade en España una vehementísima corriente que debemos llamar *plebeyismo*”.

Este popularismo se extrema en ocasiones y es defendido a ultranza como signo expresivo de una reacción defensiva contra un impuesto uniformismo estatal.

La importancia del siglo XVIII radicará, en fin, en su *herencia*, en su descendencia fecunda, y en esa preocupación ideológica, en esa actitud comprometida suya en la que asoman ya raíces del mundo actual, del hombre de hoy.

Esta es la época del Padre Isla, la que él va a vivir y a conocer, en España y en Europa, a lo largo de su dilatada existencia (7).

Pretendo ahora acercarme a algunos aspectos biográficos y literarios del Padre Isla como figura representativa de su época y, por eso mismo, con proyección y vigencia actuales.

En las conferencias que se están dando en esta Casa de Cultura se ha reiterado, y ha recibido diversas respuestas, la pregunta: ¿Cómo era el Padre Isla? A ella cabe contestar también, creo, afirmando que fue hombre de su siglo, hombre de su tiempo, y que, por ello, como decía hace unos instantes, nos parece, en ocasiones, próximo a nosotros, casi actual.

---

(7) En las páginas anteriores utilicé algunos aspectos de mi trabajo *Introducción al siglo XVIII literario español*. Publicaciones de la Dirección General de Enseñanza Media. Madrid, 1967.

Para acercarnos al Padre Isla, al hombre y al escritor, contamos con su testimonio personal, contenido en su extensísimo epistolario. Posee éste una variedad, una importancia y un interés excepcionales y se destaca, de manera me atrevo a decir singular, en una época en la que se cultivó con especial intensidad el género epistolar (recordemos, a este respecto, los nombres de Jovellanos, de Leandro Fernández de Moratín...). José Francisco de Isla cuenta, en sus cartas, todo —o casi todo—: los pequeños episodios de cada día, problemas y menudencias, alegrías, ilusiones, proyectos, sucesos, afanes... Nos hace percibir, casi, el latido de su vivir, día a día, hora a hora, y dibuja, a la vez, el perfil de su tiempo, y relata, describe, hace crónica periodística, conversa, se hace amigo del lector, se comunica, humano siempre, con nosotros... La palabra *comunicación* puede darnos la clave profunda del sentido y raíz de sus cartas, porque éstas responden a un mantenido afán de comunicación. Y he aquí una primera enseñanza del Padre Isla para nuestro tiempo: su anhelo de comunicación, que encontró cauce adecuado a través de sus cartas. El profesor Rof Carballo, en un ensayo titulado *Factor humano en la comunicación* ha subrayado cómo el hombre de hoy, que sufre un tremendo vacío en su intimidad, no consigue —en un tiempo en que las comunicaciones han alcanzado, técnica, materialmente, un extraordinario desarrollo—, no consigue, digo, una comunicación directa y auténticamente humana.

Sí lo conseguirá, sin duda, el P. Isla en su epistolario. Veamos un ejemplo de ello en unos deliciosos, entrañables fragmentos de cartas que nos permitirán, a su vez, señalar algún otro aspecto de su personalidad.

En 1753 y en los años inmediatamente siguientes el Padre Isla reside en Villagarcía de Campos. Son tiempos felices para él. Sus días se suceden sosegados, iguales: madruga, lee, escribe, pasea, caza de cuando en cuando... De todo ello nos transmite noticia puntual a través de sus cartas:

“En ninguno de los destinos que he tenido —escribe el 29 de diciembre de 1753, a su amigo Miguel Medina— he experimentado el gusto, el consuelo, la paz interior, la quietud externa y el lleno de gozo que experimento en éste. [...] Por lo que a mí toca, aquí quiero vivir y morir sosegadamente, cantando con el mayor consuelo de mi espíritu el *Beatus ille*...”

En otra carta posterior, de 27 de mayo de 1757, llamará a su celda “amada huronera espiritual”..., “suavísimo retiro”...

Sobre su gusto madrugador informa en carta dirigida a su hermana María Francisca, el 24 de enero de 1755:

“No hay para mí dos horas más intolerables que desde las tres, en que siempre despierto, hasta las cinco en que me levanto”...

Y sobre su afición a la caza: “...asusto a unos conejos y mato a otros;...”.

Estas dos aficiones —madrugar, cazar— nos traen, inevitablemente, el recuerdo de Don Quijote, que, según relata Cervantes, era “gran madrugador y amigo de la caza”.

Acerca de su pasión por la lectura reitera los testimonios. En uno de ellos asevera: “Los libros, [...], y mis paseos diarios son toda mi ocupación”. Y en otro: “Paso la mayor parte de las horas en conversación con mis libros” (Carta a su hermana María Francisca, desde Bolonia, de 29 de diciembre de 1774).

Y, nuevamente, viene a nuestro encuentro otro recuerdo ilustre, el de don Antonio Machado, cuando en una nota autobiográfica escrita en Baeza, en 1917, indica: “Mis aficiones son pasear y leer”.

Así, también, por otras cartas de Isla, vamos a saber de su amor a los animales, que le lleva a tener, conviviendo, un gato, un perro, una ardilla, una tordita y un lobezno.

A todos ellos se refiere en diversas cartas:

“La mayor fineza de un ratón —escribe— es quitarse el queso de la boca por alargarle a las dos gatas que más le han arañado en este mundo. No lo hace así mi *tonto* [el gato], pues no obstante haber llevado algunas tundas de palos por meterse en la cama antes que yo, ocupando el sitio que no le toca a él, un cuarto de hora después viene humilde a darme un par de abrazos, y hechas las paces, se va a ocupar el sitio que le corresponde, que es encima de la sobrecama, hacia donde caen los pies, cuyo puesto ha ocupado todo el invierno, teniéndome tan caliente, [...] No sé si te he escrito —indica poco después en la misma carta— que desde que vine come en un plato con una tordita real que, acosada de un gavilán, se refugió a las manos del Padre Labrador, y habiéndomela dado, la dejé en el aposento sobre su palabra, donde no sólo come con el gato, sino que éste retoza con ella, y cuando a ella se le antoja, duerme la siesta sobre él; prodigio que tiene asombrados a todos, viniendo muchos a verle de propósito, y más cuando saben que el gato no deja pájaro a vida en toda la huerta; pero conoce cuánto quiero yo a la tordita, y esto le basta...” (Carta a su hermana María Francisca, de 20 de marzo de 1756).

“Sea muy bien llegado el hermosísimo *feo* (escribe a su hermana María Francisca, que le había enviado ese perro al que va a llamar *feo*); que ya me tenía con cuidado su feliz arribo, temiendo alguna novedad en su delicadeza al tiempo de pasar el Cebrero, que para un perro campesino es lo mismo que pasar la línea. De su buen genio estaba yo muy seguro, pues a la primera visita que le hice se familiarizó tanto conmigo como si nos hubiéramos tratado toda la vida... El *tonto* a la primera visita le recibió con un zarpazo, pero luego que le oyó llorar con mucha gracia y conoció su natural blando y apacible, quedó corrido y poco después le convidó, comiendo los dos a un mismo plato” (Carta de fecha 25 de junio de 1756).

Podríamos traer varios textos más análogos (8), pero baste con los recordados como testimonio cierto de la entrañable ternura que el Padre Isla sintió hacia los animales. Ello, creo, no es sólo anécdota, no sólo revela la existencia de un sentimiento franciscano sino que da fe de una nueva sensibilidad hacia los animales que, desgraciadamente, es infrecuente, casi insólita, entre nosotros.

En otros textos confirma su inclinación a una existencia alejada del bullicio y trajín cortesanos y reitera lo que, con fórmula clásica podría denominarse menosprecio de corte y alabanza de aldea. En ello insistirá una y otra vez. Así cuando afirma: “Cada día son mayores las insistencias de grandes personajes para que pase a Madrid; pero por mi gusto y elección primero iré a galeras” (Carta a su cuñado Nicolás Ayala de 19 de abril de 1758). Y, también: “...yo me mantengo en Villagarcía sin desear ver a Madrid...”. (Carta a Francisco Antonio de Ibarrola de 15 de noviembre de 1755).

Tal actitud de rechazo se hace más llamativa, en cierto modo sorprendente, si tenemos en cuenta que otro perfil, cierto y ostensible, del jesuita P. Isla es la del hombre eminentemente sociable, conversador, de mundo... como revelan, asimismo, muchas de sus cartas. A este respecto ha señalado Russell P. Sebold, en su prólogo a su edición del *Fray Gerundio de Campazas*, que “el perfil de abate mundano ya se destaca en Isla antes del destierro, diferenciándose sólo de los prototipos franceses e italianos en que su mundanidad era sobre todo “por carta”. El mismo estudioso de la obra del P. Isla cree observar —con discutible criterio— una “constante oposición dialéctica entre el Isla presbítero y

(8) Vid. el interesante y ameno trabajo del P. Conrado Pérez Picón, S. J.: “La vida íntima y casera del P. Isla en Villagarcía”, en “*Studium Legionense*”, 18 (1977), págs. 49-70.

el Isla hombre" (9). La afirmación de Sebold, si exagerada, como creo, tan tajantemente expuesta, tiene el interés de apuntar una diversidad de perfiles o facetas en la personalidad del autor del *Fray Gerundio*. Lo cual es profundamente acorde con la época en que vivió.

Aquí es oportuno recordar un episodio, del que se carece casi totalmente de base documental —tan sólo el relato del P. Tolrá, primer biógrafo del escritor— y que es el de la existencia de un prematuro noviazgo o relación amorosa de José Francisco de Isla, cuando éste era muy joven, del que tan sólo sabemos la noticia. El hecho ha suscitado la curiosidad de los estudiosos pero cualquier interpretación o comentario sobre el mismo ha de tener, por fuerza, carácter puramente hipotético. No obstante, quiero apuntar, únicamente, que la anécdota —acaso sólo fuese esto, anécdota— me hace pensar en otro episodio amoroso, éste sí documentado, que posee nombre propio —el de Sabina Conti— y que corresponde a la juventud de otro escritor del siglo XVIII: Leandro Fernández de Moratín.

Admiró este último profundamente al Padre Isla e incluso escribió un prólogo, lleno de interés, para una reedición del *Fray Gerundio de Campazas* que no llegaría a ver la luz (10).

Aquella existencia sosegada, apartada del tráfico y la inquietud de la ciudad, se iba a truncar, dolorosamente y ya hasta el fin de sus días, para el P. Isla, por la expulsión de los jesuitas de España, decretada por el Rey Carlos III y hecha efectiva en la noche del 2 al 3 de abril de 1767. El Padre Isla marcha, exiliado, a Italia, a bordo del barco *San Juan Nepomuceno* que tomaría parte en la batalla de Trafalgar, mandado por Churrua. No voy a relatar los hechos del destierro del Padre Isla, tan conocidos y que han sido recordados, recientemente, en esta misma Sala. Sí quiero, no obstante, subrayar y destacar que es en el destierro cuando la figura del gran jesuita español adquiere una dimensión heroica y muestra todos sus excepcionales valores, de hombre bueno, de hombre de fe. Testimonios de ello dan la marcha *voluntaria* de José Francisco de Isla, para no separarse de sus compañeros jesuitas, cuando hubiera podido quedarse en España; y, también, el favor que pide, encarecidamente, para que se conceda la dote a la hija del hombre que le ha denunciado en Italia acarreándole la prisión y nuevo destierro (de Bolonia a Budrio); y la traducción que realiza del *Gil Blas de Santillana*, para con el producto de su venta, atender a la necesidad de un caballero amigo (que creía, y en esta ocasión acertó, que un libro puede producir hasta beneficios materiales...). Todo nos dice del talante humano, de la bondad, de Isla, hombre bueno (tendríamos que añadir: "en el buen sentido de la palabra bueno"). Hechos como éstos permiten comprender cuánta verdad había en el elogio apasionado de un escritor italiano, contemporáneo suyo, efectuado poco después de la muerte del jesuita español:

"El P. Isla es uno de los escritores más excepcionales y perfectos que ha habido en España [...] Estas (se refiere a sus obras) hacen el elogio del escritor: queda que hacer el del hombre; porque quien no conoce el corazón de Isla, no conoce el más relevante de sus dones."

Si las adversidades son piedra de toque fundamental para conocer a un ser humano, las muchas que padeció Isla acreditan su excepcional condición. Sus cartas desde el destierro constituyen elocuentes documentos en tal sentido. Como cuando dice, a su hermana María Francisca, en 1771:

---

(9) Russell P. Sebold: Introducción a su edición de *Fray Gerundio de Campazas*, en *Clásicos Castellanos*. Madrid, 1969 (2.ª ed.), I, págs. XVII y XLV.

(10) Puede leerse en *Obras póstumas*, III, Madrid, 1868.

"Las cruces que a mí me han tocado, en lugar de lijarme me confortan. Nunca más pobre y nunca más contento; nunca más falto de todo y nunca menos necesitado, porque nada me hace falta..."

Y cuando escribe, también a su hermana, en 1778:

"Dando mil gracias a Dios por estos trabajos, pues ora sean castigo o prueba siempre son argumentos claros del especial amor con que el Señor me mira... Así que en vez de quejarme por padecer tanto, pido al Señor que envíe más y más trabajos, con tal que me aumente la resignación y la paciencia."

Pero no es esta dimensión resignada y profundamente religiosa la única que nos transmite el escritor en sus cartas desde Italia. En otras aparece, una vez más, con espléndido garbo de cronista periodístico, el observador agudo y bienhumorado, como en su descripción de la ciudad de Bolonia:

"Este país no puede ser más delicioso, ni la ciudad más magnífica, ni la gente noble más tratable: limpieza, policía y cultura: templos y edificios soberbios, palacios suntuosos, muebles imperiales; calles espaciosas, carrozas, tabernáculos, caballos flagetones —salvo que son azabache—, mujeres polifemas, literatos a pasto, academias como paja; plaza abundantísima, comercio gordo y bullicioso; hombres que corren, donnas que vuelan y frailes que bailan."

"Este es el pueblo en que vivo: la campaña, jardines, palacios, casinos, bosques, huertas, arroyos, ríos, pozos, fuentes; y en una misma pieza, viña y monte, tierra y huerta. Los caminos públicos como las calles y jardines verdes de Aranjuez y San Ildefonso; los alimentos de bella apariencia, pero de poca sustancia. El vino es la mitad agua; pero sabe a vino. Las damas más damas lo beben como allá se bebe la horchata. Puede hacer hidrópicos, pero no borrachos; hablo del vino usual."

Estas dotes y gracia de observación le habían acompañado y le acompañarían siempre. Su obra más conocida y popular, la novela *Fray Gerundio de Campazas*, es, entre otras cosas, un relato costumbrista inspirado en los lugares —Valderas, Villagarcía de Campos...— que tan profundamente conoció y amó. Su intencionalidad crítica contra los excesos y vicios en que había degenerado la oratoria sagrada (que podía producir títulos como el siguiente, de un libro, aparecido en 1738, del predicador Fray Francisco de Soto: "Florilegio Sacro que en el celestial ameno frondoso Parnaso de la Iglesia riega místicas flores la Aganipe sagrada fuente de gracia y gloria Christo, con cuya afluencia divina, incrementada la excelsa palma mariana, triunfante a privilegios de Gracia, se corona de victoriosa Gloria. Dividido en discursos panegyricos, anagógicos, tropológicos y alegóricos; fundamentados en la Sagrada Escritura; robados con la autoridad de los Santos Padres, y exegéticos particularísimos discursos de los principales expositores; y exornados con copiosa erudición sacra y profana, en ideas, problemas, hieroglíficos, filosóficas sentencias y selectísimas humanidades"...), plenamente acorde con la ideología neoclásica y con el espíritu de la Ilustración, es bien conocida. Más me importa recordar lo que esta novela contiene de anticipación de las técnicas novelísticas naturalistas, según ha sido estudiado por Sebold, quien afirma que "El Gerundio presagia el descenso del héroe novelístico, a través del mundo diario del realismo, a los muladares y alcantarillas del naturalismo. Incluso en la práctica —insiste—, el concepto isliano de la novela apunta ya al de los naturalistas". (11).

(11) Introducción citada, pág. LXXIII.

Aquí encontramos al P. Isla escritor anticipado a su tiempo y que mira ya hacia el futuro —como tantas veces sucedió en el siglo XVIII—.

Me refería, antes, a la intencionalidad crítica del P. Isla en su obra más conocida, intencionalidad que, lógicamente, presupone un afán de cambio, de reformas. En este afán perseveró siempre, aunque alguna vez expresara su excepticismo sobre las posibilidades de convertirlo en realidad, como en la carta dirigida a persona que pretendía publicar una revista de carácter crítico:

“El genio de la nación no se ha mudado, ni verosímilmente se mudará en este particular. Nuestros autores no entienden *raillerie*, ni mucho menos nuestros *autorcillos*, que en España, como en todas partes, son en mucho mayor número. O se les ha de alabar, o se les ha de contradecir. [...] Niegan la jurisdicción a la crítica...” (12).

Pretendía Isla reformar, pero sin renunciar, a la vez, a la tradición española. Intentaba conciliar tradición y reforma. Sin desmentir, jamás, su pasión española (recuérdese, a este respecto, el subtítulo de la traducción del *Gil Blas de Santillana*: “Aventuras de..., robadas a España y adoptadas en Francia por Monsieur Le Sage; restituidas a su patria y a su lengua nativa por un español celoso que no sufre se burlen de su nación”). Su intento acabó en el fracaso. *Literariamente*, con la prohibición del *Fray Gerundio*, a los dos años de publicarse, condenado además al silencio más absoluto “con pena de Excomuniación” que nadie escribiese en pro ni en contra de dicha Obra”. *Humanamente*, con su destierro, en el que había de morir y en el que permanecen sus restos, con nostalgia del peso de la tierra de España. En él se hacían verdad, anticipada, dolorosa verdad, los versos de Antonio Machado: “Españolito que vienes al mundo, te guarde Dios, una de las dos Españas ha de helarte el corazón”. Y el acontecer vital y literario del P. Isla se nos aparece como un episodio más de la España que *pudo ser* en el siglo XVIII.

Pero del mismo modo que hoy, felizmente, nos es accesible, podemos leer la obra de José Francisco de Isla, hemos de esperar, en una espera con *esperanza*, que un día ya no lejano retornen los restos del escritor a la tierra que él amó tanto.

(12) Una muy extensa bibliografía de y sobre el P. Isla puede encontrarse en el *Catálogo* anteriormente citado (nota 6).